

MILAGROS.—Ciegan á los que no los miran sinó con los ojos de la curiosidad.

Illuminan á los que los miran con los ojos de la penitencia.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Quis naturam mutare potest, nisi qui creavit naturam? S. Ambros. Epist. 76.

Signum rerum seriem excedere debet, et naturæ consuetudinem superare, itemque novum et inexpectatum esse, ita ut sit insigne singulis qui vident et audiunt; ideo enim signum appellatur, quod sit insigne, insigne autem non fuerit, si delitescat in communitate cæterarum rerum. S. Joan. Chrys in Isai. 7.

Contra naturam incongrue dicimus Deum aliquid facere, quod fecit contra id quod novimus de natura. Hanc enim etiam appellamus naturam, cognitum nobis cursum solitumque naturæ, contra quem Deus cum aliquid facit, magnalia vel mirabilia nominantur. S. Aug. contr. Faust. lib. 16. cap. 3.

Dicamus aliquid Deum posse, quod nos fateamur investigare non posse. In rebus enim mirabilibus tota ratio faciendi, est potentia facientis. Idem.

Sicut non fuit Deo impossibile, quas voluit naturas insti-

¿Quién mejor puede cambiar las leyes de la naturaleza, que el que las estableció?

El milagro debe exceder al curso natural de las cosas, y superar las leyes ordinarias de la naturaleza, de manera que sea un hecho nuevo é inesperado; pues de este modo es maravilloso á los ojos y oídos de los testigos: no por otro motivo se llama milagro ó portentoso, sinó porque es un hecho portentoso; no siendo tal cuando se puede confundir con los demás hechos naturales.

Impropriadamente decimos que Dios obra contra la naturaleza al obrar diferentemente de lo que conocemos natural: puesto que tambien llamamos naturaleza al complejo de sus leyes ordinarias que nos son conocidas; llamemos más bien grandeza ó milagro á lo que Dios hace fuera del orden de estas leyes.

Confesemos que Dios puede hacer muchas cosas cuya fuerza no podemos investigar; y digamos que toda la razon de la existencia de los milagros consiste en el poder del que los hace.

Así como á Dios no le fué imposible establecer las leyes natu-

tuere; sic ei non est impossibile, in quidquid voluerit, quas instituit naturas, mutare. Idem lib. 21 de civit Dei.

Miracula in signum sunt, non fidelibus, sed infidelibus; quia signum fidelibus non est necessarium, quia jam crediderunt, sed infidelibus, ut convertantur. S. Isidor. de sum. bon.

rales que le plugo; tampoco le es imposible cambiar ó suspender esas mismas leyes para cualquier objeto que se proponga.

Los milagros son pruebas de credibilidad para los infieles, no para los fieles; porque éstos, como que ya creen, no necesitan milagros, como los necesitan los infieles para convertirse.

MISA.

(OBLIGACION Y MODO DE ASISTIR Á LA)

I.

Hoc facite in meam commemorationem.
Haced esto en memoria de mí.

(Luc. xiii, 19.)

Es interés nuestro, amados hermanos míos, tanto como un deber que nos impone la religion, el asistir tan á menudo como sea posible al adorable sacrificio de la Misa, ya que en él encontramos el manantial de las gracias que nos son tan necesarias para llevar una vida cristiana en la tierra; ya que por medio de él tributamos al Señor el culto perfecto de que somos por nosotros mismos del todo incapaces; ya que sin él no podríamos jamás dar dignamente gracias á nuestro Padre celestial por los bienes infinitos de que nos ha colmado, y de que no cesa de colmarnos todos los dias. Todos los cristianos son, en cierto modo, ministros del Todopoderoso, para ofrecerle por manos de los sacerdotes el más excelente de todos los sacrificios, uniendo su intencion, sus oraciones y votos á los de toda la Iglesia; y el apóstol san Pedro nos es un garante seguro de esta calidad augusta, cuando dice á todos los fieles de la nueva alianza: *Vosotros sois*

la raza escogida, vosotros sois el orden de los sacerdotes-reyes, la nacion santa, el pueblo conquistado (I PETR. II, 9). A vosotros es, amados hermanos míos, á quienes Jesucristo dice también hoy, aunque de un modo diferente: Haced esto en memoria de mí: *Hoc facite in meam commemorationem.*

Voy, pues, á hablaros de ese gran deber de nuestra religion; quiero haceros comprender con qué celo y con qué exactitud debeis asistir al santo sacrificio de la Misa, y qué sentimientos de piedad han de animaros durante esta divina accion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Débese tener por cierto, que todos los fieles que tienen uso de razon están obligados, por un precepto de la Iglesia, á oír Misa en los domingos y dias de fiesta que ella manda, aunque no pueda señalarse el origen de este precepto, que comenzó ya á observarse desde el tiempo de los apóstoles; puesto que los fieles se reunian el primer dia de la semana, que es el domingo, para celebrar los santos misterios, como se ve en el cap. xx de los Actos de los apóstoles, y atestiguan los Padres de los primeros siglos. Sabemos por san Leon (LEO AD DIOSC. EP. 81), que era costumbre celebrar muchas veces la Misa los dias de fiestas solemnes, porque todo el pueblo no podia asistir á ella á un mismo tiempo; ni podia caber todo junto en la iglesia. San Cesareo de Arles (CES. AREL. HOM. 12), reprende agriamente á los que no oían toda la Misa en los domingos, y salian de la iglesia ántes que el sacerdote hubiese dado la bendicion. El concilio de Agda, del año 506, hizo un cánón para corregir esa mala costumbre. La Iglesia ha mandado particularmente á los fieles que asistan á la Misa los domingos, y los dias de fiesta que quiere se observen como el domingo, porque es la accion más santa y más útil que podemos ejecutar en esos dias que están consagrados al servicio de Dios. Recayendo este precepto sobre una cosa importante que concierne al culto debido á Dios, no hay duda que los fieles que tienen uso de razon pecan mortalmente, cuando, pudiendo asistir á la Misa los domingos y las fiestas mandadas, faltan á ella.

Sin embargo, dos causas hay que dispensan de esta obligacion. La primera es la impotencia física y absoluta de asistir. En este caso se hallan los presos, los enfermos, los que están en el mar, cuando no hay sacerdote en los barcos; los que viajan en países donde no se celebra Misa. La segunda es la impotencia moral de asistir á ella. Consideranse en esta impotencia: 1.° los que están convalecientes y que tendrían gran dificultad en ir á Misa, por hallarse todavía débiles, ó

estar muy distantes de la Iglesia; las mujeres en cinta que están próximas á parir: en esto es preciso atender á las personas, á los lugares, á los tiempos, á los caminos; 2.° los que no pueden ir á la iglesia sin correr riesgo de experimentar una gran pérdida ó una grande incomodidad, ó de causarla á otros; como los que cuidan enfermos, guardan niños ó casas apartadas, si estas personas no pueden poner á otras en su lugar. Se presume con razon que la Iglesia, que es una tierna madre, no tiene intencion de obligar á sus hijos á cumplir sus mandamientos en ocasiones en que hay tanta dificultad y peligro en ejecutar lo que manda; pero, conviene no hacerse ilusion en tales ocasiones, y guardarse de creer que hay dificultad ó peligro donde nada hay de esto, porque no habria excusa delante de Dios.

En cuanto á los demás dias, no hay obligacion de oír Misa; pero es muy útil asistir á ella lo más á menudo que nos sea posible. Sin repetir aquí, amados hermanos míos, cuanto tenemos dicho sobre la excelencia del sacrificio de nuestros altares, dos razones poderosas hay que deben bastaros para asistir á él con mucha puntualidad. La primera es, que cuando asistís á este sacrificio, cumplís, con esta sola accion de piedad, todos vuestros deberes para con Dios; la segunda es que, cualquier cosa que podais hacer en otra parte, nada es agradable á Dios sinó con referencia á este sacrificio. 1.° Cuando asistís como corresponde al sacrificio de la Misa, cumplís con esta sola accion todos vuestros deberes para con Dios. ¿Cuáles son esos deberes? 1.° Adorar á Dios, tributarle un honor supremo consagrándoos á él por amor, y poniéndoos en su presencia como una víctima santa, inocente y digna de serle ofrecida. Ahora bien, ¿no es por medio del sacrificio de la Misa que cumplís ese deber, cuando en calidad de sacerdotes espirituales, le ofreceis una víctima que es digna de su grandeza, y cuando, uniéndoos á Jesucristo á impulsos de un sincero amor, ofreceis á Dios, del modo más perfecto, todo el culto que pueden rendirle criaturas racionales; puesto que, por medio de esta consagracion, os dais á él, y que con esta oblacion le satisfacéis todo cuanto le debeis? 2.° Despues que por el pecado os habeis hecho el objeto de la cólera de Dios, la miseria á que os habeis reducido os impone la obligacion de aplacarle, reparando la injuria hecha á su divina Majestad. Ahora bien, ¿dónde cumplís mejor con este deber que en el lugar donde ofreceis el sacrificio verdaderamente propiciatorio, ese sacrificio, con el cual Jesucristo continúa á ofrecer á su Padre sus humillaciones, su sangre, su muerte, por la expiacion de vuestros crímenes; donde no cesa de tratar de vuestra reconciliacion, y de abogar por vosotros? ¿Hay otro medio de alcanzar el perdon? y

sin el sacrificio de Jesucristo, todas vuestras penitencias, todas vuestras satisfacciones ¿serian aceptadas por Dios, y no quedaríais cargados de vuestros pecados? 3.º ¿No debéis reconocer vuestra miseria, vuestra indigencia, confesar vuestra impotencia, sentir la necesidad que á cada instante teneis de su gracia, ya para vencer las tentaciones que os arrastran al mal, ya para hacer el bien? Ahora pues, ¿cómo satisfacer á ese deber de otro modo que por el sacrificio de la Misa, ya que vuestras oraciones no pueden ir directamente á Dios, siendo preciso que lleguen á él por la mediacion de Jesucristo, el cual, en calidad de sacerdote, debe presentarlas á su Padre, y por la virtud y el mérito de su sacrificio las hace eficaces y os alcanza su efecto? Todas las gracias que podeis pedir son, sin excepcion, el precio de su sangre.

En fin, debéis estar en una continúa accion de gracias por todos los beneficios que habeis recibido y recibís á cada instante de su divina bondad; pero, ya os he hecho ver, que sin el sacrificio de la misa no podríais cumplir esta obligacion, porque solo con esta oblacion puede vuestro reconocimiento igualar á sus beneficios; solo por medio de ella podeis volver á proporcion de lo que habeis recibido. Ahora bien, todos esos deberes tan esenciales é importantes, que son el fundamento del precepto que os impone la Iglesia de oír Misa en los domingos y las fiestas, ¿no son deberes ordinarios y cotidianos? y por consiguiente, ¿deberíais pasar un solo dia sin asistir á ella? ¿Qué exactitud en los primeros cristianos! nada les detenía; todo lo dejaban para aprovechar un beneficio tan grande: los edictos de los emperadores, el furor de las persecuciones, el peligro de la vida, las amenazas de los suplicios, la distancia de los lugares, la dificultad de reunirse, nada era capaz de detener ni resfriar su celo. Al presente, ¿qué tibieza! ¿qué indiferencia! Apenas se halla tiempo para ir á Misa los dias de precepto. Sin embargo, ¿por cuántas otras cosas inútiles, muchas veces funestas para vuestra salvacion, no interrumpís vuestros negocios? Bien poco os interesa la gloria de Dios, pues no merece que le consagreis tan pequeña parte del dia. Al ménos vuestros intereses deberían causaros alguna impresion: ¿no teneis necesidad todos los dias de los socorros del cielo? Y ¿dónde los pediréis más eficazmente? ¿dónde estais más seguros de alcanzarlos que en el santo sacrificio de la Misa? Yo quiero suponer, amados hermanos míos, que reemplacéis este acto de piedad con otras buenas obras; que ofrezcais á Dios vuestro trabajo, vuestras penas, vuestras fatigas, que refirais á él todas vuestras acciones: he añadido que cualquier cosa que podais hacer en otra parte, nada de todo eso pue-

de serle agradable como no sea con referencia á este sacrificio. ¿Por qué? porque, despues que hemos sido corrompidos por el pecado, no somos ya dignos de acercarnos á Dios por nosotros mismos, y nada tenemos que ofrecerle capaz de honrarle debidamente. Nada recibe de nosotros sino lo que se le presenta juntamente con la ofrenda que le hace su Hijo, nuestro mediador; y como en el estado de viajeros en que nos hallamos, no tenemos sino la Misa donde Jesucristo haga esta oblacion, á este sacrificio es tambien al qué debemos referir todos nuestros votos, todas nuestras oraciones, toda nuestra piedad; en una palabra, todas nuestras buenas obras, á fin de que por esta union sean agradables á Dios, y recibidas en Jesucristo y por Jesucristo.

Para cumplir el precepto de la Iglesia sobre la asistencia á la Misa, no basta primero oír una parte de ella, es preciso oirla toda entera; tampoco basta oír una parte de la misa de un sacerdote y una parte de otro, es preciso asistir enteramente al mismo sacrificio. Cuando digo *enteramente*, no conviene tomar esta palabra en un sentido tan estricto, que se mire como transgresor de este precepto al que no hubiere faltado más que al introito de la misa ó á las últimas oraciones, sino solamente al que omite una parte considerable de ella, como sucederia no llegando sino despues del Evangelio, ó saliéndose de la Iglesia ántes de haber sumido el sacerdote. Sin embargo, la negligencia de ir tarde á la Misa no carece de pecado; y por esta razon, para no tener nada que reprenderse, conviene ir desde el principio.

2. Si se quiere asistir al santo sacrificio con el espíritu que exige de un cristiano accion tan santa, es necesario hacerlo con atencion, devoción y modestia: es decir, que conviene recoger en él cuidadosamente nuestros pensamientos, sin permitir que nuestro espíritu se disipe ocupándose en ideas extravagantes; que practiquemos las más sólidas virtudes del cristianismo, y que nuestra modestia sea tan grande, que se aproxime á la de los ángeles que están presentes en él. Pero ¡ay! en vez de asistir á la Misa con una fé viva, una firme esperanza, una ardiente caridad por Jesucristo que se sacrifica por nosotros, á menudo se asiste á ella con un espíritu profano, ocupado de negocios temporales; unos se fastidian, y se abandonan á distracciones voluntarias; otros dejan divagar sus ojos y aún más su corazón sobre toda especie de objetos; algunos no pueden estar de rodillas; en fin, el mayor número y los ménos indevotos se contentan con rezar algunas oraciones sin hacer atencion á los tremendos misterios que se operan, ni se ocupan en manera alguna del sacrificio de Jesucristo y de su muerte y pasion, que son renovadas y representadas en el altar. ¿Es esto oír la Misa? ¿Y no puede decirse que se pecaria

ménos dejando de asistir enteramente, que haciéndolo así sin piedad y sin atencion?

¿En qué hemos pues de ocuparnos durante la Misa? En rendir nuestros homenajes á Dios y adorarle, en hacerle presente nuestras necesidades, en darle gracias por los beneficios recibidos. 1.º Si queremos honrar á Dios por medio del sacrificio de la Misa, y honrarle tanto como debe serlo y espera de nosotros, unámonos á Jesucristo, postrémonos con él delante de esta Majestad suprema, y hagamos, á la vista de sus grandezas, una humilde confesion de nuestra indigencia. Como Jesucristo, obediente y sumiso á la voz de sus ministros, realcemos su poder por los sentimientos de una sumision perfecta, y por todos los testimonios de una obediencia entera y sin reserva. Como Jesucristo inmolado, ofrezcámonos, inmolémonos nosotros mismos, si no por una verdadera muerte, al ménos por una muerte espiritual, y por una total destruccion de los deseos desarreglados de la concupiscencia. En el estado de impotencia en que nos hallamos de reconocer dignamente las gracias del Señor, volvámonos al lado del sacrificio de nuestros altares: Jesucristo está allí presente, y se dá á nosotros para ser ofrecido por nuestras manos á Dios su Padre; ofrezcámoslo, ofrezcámonos con él, y habremos cumplido con todos los deberes de la gratitud. En fin, el tiempo de la Misa es el verdadero tiempo de negociar con Dios, el tiempo de merecer todos sus dones; ya sea que pidamos la conversion y el perdon de los crímenes más enormes, ya sea que pidamos la perseverancia, ora solicitemos alguna otra gracia, algun bien temporal ó espiritual, no olvidemos que de todas las horas la de la Misa es la más favorable: es una hora de que debemos aprovechar todos los instantes, si somos cuerdos; pidamos toda especie de gracias, pidamos con toda confianza, pidamos por toda clase de personas; lo único que debemos temer es el no pedir bastante; por grande que sea nuestra codicia, nada pediremos jamás que no sea inferior á los méritos de la víctima que se inmola por nosotros. No cesemos, pues, de pedir que ella nos proporcione las ventajas por las cuales se ofrece especialmente; á saber, la gracia en el tiempo, y la gloria en la eternidad. Amen.

MISA.

(SACRIFICIO DE LA)

II.

Habemus altare de quo edere non habent potestatem, qui tabernaculo deserviunt.

Tenemos un altar de que no pueden comer, los que sirven al tabernáculo.

(HEBR. XIII, 10.)

Dejemos al judío carnal el aparato de sus pomposas ceremonias y el espectáculo brillante de decoraciones magnificas; dejémosle que ostente á la faz del universo un templo, que por su estructura y su grandeza ha sido una de las maravillas del mundo; que sea la admiracion de sus naciones vecinas por el orden de sus sacrificios, por la majestad de sus ceremonias, por el número de sus sacerdotes y levitas, por la riqueza y magnificencia de los vestidos de sus sacrificadores; anuncie en hora buena la grandeza del Dios que adora, con las innumerables víctimas que ofrece á su Majestad suprema, con la armonía de sus cánticos, con la uniformidad de su culto; dejémosle, repito, que ostente todo esto. Nosotros, que nos limitamos á adorar á un Dios oculto, á inmolar una víctima invisible y á ofrecer un sacrificio incruento, no echaremos de ménos ni esta pompa, ni la magnificencia de este aparato, y llenos de confianza diremos con el Apóstol: para recompensar esta muchedumbre de víctimas, tenemos una sola hostia; para reemplazar este templo, un solo altar; para sustituir á todos estos sacrificios, una sola oblacion; pero, una hostia tan viva, un altar tan santo y un sacrificio tan puro, que todas las purificaciones legales serian insuficientes, para que los sacrificadores de la antigua ley participasen de la oblacion que ofrecemos á nuestro Dios. Tanta es, hermanos míos, la superioridad de nuestro grande sacrificio; pero no gozaremos sin embargo de sus ventajas, si no llevamos las disposiciones que exige la excelencia y la santidad de la víctima que ofrecemos. Sin embargo, ¿no asisten á la oblacion que la Caridad

hace de sí misma á su Padre, los corazones más frios y lánguidos? ¿No participan de la hostia que se ofrece por el pecado, las almas más criminales y corrompidas? Muy inferiores en esto al judío carnal, y léjos de honrar en espíritu y en verdad una víctima que es espíritu y vida, apénas puede decirse de nosotros á título de elogio, lo que Jesucristo decia de ese pueblo para reprenderle; á saber, que á lo ménos honramos á nuestro Dios con los labios. Este sin duda es un homenaje reprobado; pero el pueblo judío nos daba este ejemplo para conducirnos al homenaje interior, espiritual y profundo que exigen el misterio más augusto y la oblacion más santa. Penetrémonos pues de la excelencia de esta oblacion, para llegar á conocer el objeto de las ceremonias de la Misa.

Un sacrificio que, desde el origen del cristianismo, se ofrece en todos los lugares, en todos los tiempos, y que debe existir hasta la consumacion de los siglos; un sacrificio, que se ofrece por todas las necesidades, que está destinado á borrar todos los pecados, y que reúne en sí toda suerte de oblaciones; un sacrificio, del cual participan no solo los miembros de la Iglesia militante, sinó tambien los ciudadanos del cielo y los tristes habitantes del Purgatorio; un sacrificio, en que todo es santo; un sacrificio, que reprueba todas las otras oblaciones, que desecha todos los demás sacrificios, que anula las demás ofrendas y que absorbe en sí solo todo el mérito, toda la adoracion y los homenajes que son debidos al Sér supremo; ¿no es el sacrificio por excelencia, el que merece solo este nombre y el que contiene todos los efectos de un verdadero sacrificio? Pero, esta sola es una reseña de las propiedades que los Padres y los santos Doctores atribuyen al sacrificio de la Misa, como podréis reconocerlo en las ceremonias que vamos á explicar. Recorramos pues estas diferentes prerogativas, para tomar una idea de la grandeza de la oblacion. A. M.

1. Este sacrificio se ofrece en todo lugar, segun la célebre profecía de Malaquías. Por tantas cuantas partes se extiende la Iglesia de Jesucristo, y se adora su nombre, y se observa su religion y su moral, los sacerdotes consagrados por la misma unción, herederos del mismo poder, revestidos del mismo carácter, dirigen á Dios las mismas súplicas, le hacen la misma ofrenda y vierten la sangre de la misma víctima.

Este sacrificio se ofrece en todo tiempo, y aún pudiera decirse á toda hora del dia, porque la diversidad de climas y las diferentes revoluciones del astro que nos ilumina, no parece que han sido determinadas sinó para perpetuar esta augusta oblacion; de manera, que

cuando dejamos en un reino, en una provincia de ofrecer la Víctima eucarística, nos suceden otros sacerdotes en estas funciones terribles en los demás reinos del mundo. Nuestros cánticos no padecen ninguna interrupcion, ningun reposo; y la Iglesia de la tierra, como la del cielo, nos acuerda sin cesar, que la virtud, la fuerza y el poder pertenecen á nuestro Dios y á la víctima que se ofrece en el altar.

Este sacrificio se ofrece desde el origen del cristianismo, es decir, desde que Jesucristo dijo á su Apóstoles: *Haced esto en memoria de mí*. No hay un momento en que no pueda mostrarse en los Apóstoles y sus sucesores la observancia más perfecta de esta institucion saludable. La tradicion oscura en algunos puntos de la disciplina antigua, nos presenta en éste sin interrupcion los monumentos más sólidos y luminosos. San Pablo nos dice, que habiendo recibido estas instrucciones del Señor, las transmitió á los fieles de Corinto. Los Apóstoles, los discípulos, los Pontífices, los Mártires y los Doctores nos hablan de siglo en siglo de este sacrificio, como de una oblacion universal y perpétua, y como de un misterio que se renueva sin cesar en la Iglesia, y que se perpetuará hasta que llegue á consumarse en la eternidad.

Este sacrificio debe durar tanto como los siglos. En hora buena que la Iglesia suspenda los usos más santos, si lo exigen así las circunstancias y los tiempos. En un siglo dejará abolidas muchas prácticas que ha observado religiosamente en otros, porque las necesidades ó las disposiciones de sus hijos no son siempre las mismas; pero, jamás hace variacion en la oblacion del sacrificio, ni sufre que se altere su esencia; y cuando añade ó quita algunas oraciones de su liturgia, tiene siempre cuidado de conservar la pureza del dogma de este misterio, á fin de que los fieles de todos los siglos, uniformando sus prácticas á la inefable santidad del sacrificio, puedan unirse en un punto que se dirige á la salvacion, y á dar á Dios la gloria que deben todos los hombres.

Este sacrificio se ofrece por todas las necesidades, y está destinado por su institucion á conseguirnos gracias innumerables en cualquiera línea; es decir, gracias espirituales, que consisten en la contricion del corazon, en la detestacion del pecado, en el amor de la justicia, y en la vigilancia la fidelidad y la fuerza de que necesita el cristiano para cumplir los mandamientos divinos. Aquí encuentra su consuelo en los trabajos, la paz en las agitaciones y el consejo en la perplejidad; aquí encuentra las armas para defenderse y hacer frente á las seducciones que le presentan la carne y la sangre; aquí encuentra gracias temporales, porque Jesucristo no se desdeña de presentar á su Padre

los votos, que tienen por objeto los bienes de este mundo, cuando la codicia no los dicta, ó cuando los acompaña la humildad. Las necesidades universales de la Iglesia y de sus hijos; las necesidades particulares de nuestros amigos, de nuestros padres, de nuestros deudos, de nuestros señores, de nuestros inferiores, de nuestros iguales, de nuestros enemigos; las necesidades de las almas que nos han precedido y gimen por algun tiempo bajo el peso de la justicia divina; y en fin, nuestras necesidades personales, de cualquier naturaleza que sean, todo está contenido en el mérito de la oblacion que Jesucristo hace de sí mismo.

Este sacrificio está destinado á borrar todos los pecados. Ya no necesitamos de la sangre de los becerros, ni de los machos de cabrío; ya no depende nuestra justificacion de la aspersion que debe hacer el gran sacerdote; ya no estamos obligados á buscar por cada pecado particular una víctima que sea propia para quitar la mancha: nosotros tenemos en la única víctima que se ofrece en el altar una superabundancia de méritos, que se extiende á todas las enfermedades del alma. Las llagas de nuestro orgullo se curan, meditando la profunda humildad de Jesucristo; nuestra refinada sensibilidad, considerando la mortificacion y la penitencia á que quiso sujetarse voluntariamente; nuestro amor á los bienes de la vida, con la desnudez y abnegacion universal que se impuso; nuestra ira, con la dulzura del cordero que se sacrificó; nuestros odios y venganzas, con las funciones que ejerce de mediador y de conciliador; nuestra irreverencia é inmodestia en su templo, con la adoracion profunda que hace á su Padre; esa muchedumbre de distracciones que nos asaltan cuando oramos, con las súplicas que este poderoso intercesor presenta sin cesar por nosotros. Por tanto, desde el interior de su tabernáculo nos dice á grandes voces: *Venid á mí todos los que estais oprimidos bajo el peso de vuestras miserias, y os aliviaré.*

2. De este sacrificio participan todos los miembros de la Iglesia militante, cualquiera que sea su condicion, su estado y sus obligaciones. El sacerdote encuentra en este sacrificio el espíritu del sacerdocio; el militar, la fuerza para los combates; el príncipe, la sabiduría para gobernar; el magistrado, el espíritu verdadero de las leyes; el mercader, la rectitud y la probidad; el artesano, la actividad y la paciencia; el esposo, la dulzura y la caridad; el padre, la vigilancia; el hijo, la docilidad; y la virgen, el venero que engendra en ella la pureza y la modestia cristiana. La Iglesia, en las sangrientas guerras que sostiene contra los enemigos de su dogma ó de su mo-

ral, saca de este sacrificio las armas para defenderse de sus asaltos violentos. De aquí sacan los mártires la intrepidez en los tormentos; los confesores, el valor para hacer la profesion de su fé; los doctores, las luces necesarias para ilustrar á los pueblos y confundir la herejía; los penitentes, la detestacion del pecado y la confusion de sí mismos; los justos, el espíritu de fidelidad para cumplir los divinos preceptos. Aquí se llenan el espíritu y el corazon de gracias vivificantes; aquí se amortiguan las pasiones, se mudan las inclinaciones y se rectifican los deseos; aquí, en fin, es donde Jesucristo se hace todo para todos, y derrama como cabeza en todos los miembros el espíritu que los anima.

De este sacrificio participan los elegidos en el cielo; pero, no de un modo sensible, exterior y visible, cual conviene solo á las criaturas corporales, sino de un modo real, eficaz é inefable, propio de la oblacion que nos purifica, y que los ha purificado á ellos mismos, consolidándolos en el estado de inocencia y de santidad que gozan. Por tanto, se llama este sacramento el pan de los ángeles y el trigo de los escogidos, porque ellos están hartos en el cielo del pan que nos alimenta en la tierra, y porque participan sin la menor interrupcion del festin, que es nuestro consuelo en este valle de lágrimas. Este es para la Iglesia de la tierra el mayor de sus privilegios, siempre que ofrece este sacrificio y distribuye este sacramento. El humo de esta oblacion sube hasta el trono sublime del cielo; los cánticos de la tierra resuenan hasta en las bóvedas de la eternidad, y se forma una armonía de deseos y se establece una comunión de homenajes y de oraciones, que estrecha y asocia el cielo con la tierra, la mansion de las lágrimas y de los combates, con el lugar de las victorias y de los triunfos; y el Cordero inmolado desde el origen del mundo, es, segun la expresion del Discípulo muy amado, la luz que ilumina en todas partes al mismo tiempo, la ciudad de Dios viva y la Jerusalem de la tierra. ¡Bienaventurado el cristiano, que penetrado de este sentimiento, se persuade que adora con los ángeles, que ruega con los escogidos y que está sentado en la tierra en un banco, que en el cielo es el objeto de su eterna felicidad.

Este es un sacrificio de refrigerio y de expiacion para las almas del Purgatorio. Privadas del consuelo de ofrecerlo con nosotros, no lo están de gozar de sus frutos. Dios habia manifestado en la ley antigua sus designios de misericordia sobre estas almas, cuando mandaba al sacerdote que tomase dos palomas, y que derramando la sangre de la una sobre la cabeza de la otra, fuese esta la señal de su libertad. Todos los dias corre esta sangre, desde nuestros altares, hasta